



CAPÍTULO XI.

—
ADIOS.

EN la banca del mundo todos los hombres somos jugadores inexpertos.

Afortunadamente, no hemos llegado á leer ni la primera letra de ese libro que se llama porvenir.

Esta ignorancia es la que incuba nuestras mas risueñas esperanzas.

Equivocarse: hé aquí nuestro gran consuelo: hé aquí la muestra palpable de una Providencia que vela por nosotros, y que

le permite al reo de muerte prodigar sonrisas y forjar quimeras para mañana.

Si hubiéramos de saber á punto fijo lo que sucederá mañana, cuán desgraciados seríamos.

La sabiduría infinita ha detenido el vuelo de la ciencia humana, dejándola vivir sólo de momento en momento para que el hombre ignore siempre su mañana, en cambio de saborear el necesario placer de la esperanza.

Ayer no sabíamos, como no lo sabe la hoja del árbol, que soplaría hoy un viento que nos había de arrebatarnos, desde el callado gabinete del novelista, hasta el Paquete inglés.

El mar está delante de nosotros, y nuestra mirada fluctúa entre esa inmensidad que nos fascina, y Gabriel el cerrajero que nos espera con su martillo en la mano.

Entre el mar y Gabriel están nuestros lectores, nuestros queridos lectores de dos años.

A vosotros nos dirigimos para haceros una

confidencia, supuesto que sois amigos nuestros.

Vamos á cumplir con un deber que nos impone el corazón.

Este deber es decirnos adios.

Al comenzar á escribir el presente libro, nos propusimos tratar en él dos cuestiones importantes: la una era la felicidad conyugal; la otra presentar el modelo del obrero.

Para dar cima á esta empresa, nos propusimos escribir dos tomos, y acaso ni esos dos tomos hubieran bastado á nuestra pobre pluma para desarrollar debidamente un plan semejante.

Festinar los acontecimientos, aglomerar los hechos, y escribir con la precipitación del que desea concluir, hubiera sido malograr el plan, mientras que, por otra parte, dejar la obra en suspenso no era tampoco conveniente. Era preciso, pues, optar por un medio y es el siguiente:

Dejaremos terminada la narración histórica de los sucesos; daremos el último toque á la acción dramática de la obra, quiere de-

cir, sabrá el curioso lector *en qué pararon* sus personajes conocidos; pero en cuanto á la parte filosófica, no está en nuestra mano completarla, y nos conformamos con dejar iniciada la importante cuestión que fué nuestro tema, desprendiéndose naturalmente de los cuadros hasta aquí trazados estas grandes verdades: el materialismo es enemigo del matrimonio, es necesario espiritualizar el amor so pena de descender al desacuerdo: el matrimonio contraído por medio de la unión moral perfecta es inexpugnable.

No somos de los descreídos para quienes la felicidad conyugal es una quimera, y para los cuales no hay unión moral perfecta.

Esta unión puede existir siempre que la educación de los contrayentes los induzca á estudiar ese equilibrio delicado de las pasiones, y los efectos entre dos individuos de contrario sexo.

Si bien lo analizamos, nada puede ser mas armónico que esa unión moral atendiendo á que si bien la mujer es un enigma viviente, en la variedad de sus prendas mo-

rales hay elementos indestructibles, hay debilidades que valen por toda la fuerza del hombre, y heroísmos que valen por todas las vilezas.

Después de venir debatiéndose hace mucho tiempo la intrincada cuestión del matrimonio, hoy se llega como en el término de un viaje á estas soluciones terribles: la ley penal, el divorcio, el castigo sobre la desgracia, el escarmiento que á nadie aprovecha, el derecho ultrajado, la honra escarnecida, la justicia por mano propia, la deshonra por la honra, el deshonor por la venganza, y en ese dédalo del que difícilmente saldrán, ni la ley, ni la sociedad, nosotros nos habríamos remitido al origen de las cosas, para traer de allá una consecuencia saludable y sin necesidad de apelar á nuevas utopias que son emanadas, es cierto en lo general, por un noble arranque de indignación contra el crimen; somos de opinión que vale más prevenir que castigar, y que nada nuevo tenemos que inventar para cortar el cáncer social, sea cual fuere la for-

UNIVERSITARIA
"REYES"
MEXICO

ma en que se presente y el carácter que tome, supuesto que en materia de moral está dicha la última palabra.

Sentimos, por lo tanto, que este nuestro trabajo, que creemos de alguna utilidad, sea interrumpido por un acontecimiento, por el cual esperamos habrán de felicitarse muchos de nuestros lectores.

En suma, el autor de la LINTERNA MÁGICA va á hacer un viaje, y como quiera que la pluma de FACUNDO ni se ha cansado, y mucho menos se ha dado ya por satisfecha con solo siete libros, al escribir el fin del Tomo 7.º, y decir adios á sus queridos lectores, les ofrece aún nuevos libros que seguirán y aún con variados colores, amenizando algunos ratos de solaz.

Y como FACUNDO no renuncia al placer de seros útil y agradable, y de entretener siquiera algunos ratos vuestra atención, os asegura que donde quiera que esté, se acordará que sus impresiones y sus sentimientos pertenecen á un círculo querido de amigos que durante dos años lo han acompañado

en ese vasto campo de la idealidad y el pensamiento.

Si entre vosotros, lectores amigos, hubiera habido ya quien aproveche algunas de mis tendencias moralizadoras, ese bien fraternal, de que he sido autor, es mi laurel, y ojalá que mis obras escritas siempre por amor al bien, puedan enjugar alguna lágrima, enjendrar una esperanza, ó sembrar una noción provechosa. Tal es al menos mi tendencia, tales mis deseos más ardientes.

Pronto, muy pronto volveremos á estrechar nuestras relaciones de dos años, y será cuando os cuente lo que observe en otros países, cuando esté frente á otros hombres y estudie otras costumbres.

Viajaréis conmigo, y os convenceréis de que siempre agradecido á vuestra benevolencia, FACUNDO no os olvida.

Entre tanto, cumplamos con el deber de daros en un epílogo, la violenta conclusión de GABRIEL EL CERRAJERO.